

La Semana Gráfica

5



Sevilla

30 cts.

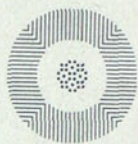
Periódicos, Obras de lujo y
Revistas ilustradas.

TRABAJOS COMERCIALES DE TODAS CLASES

Prontitud y Esmero.

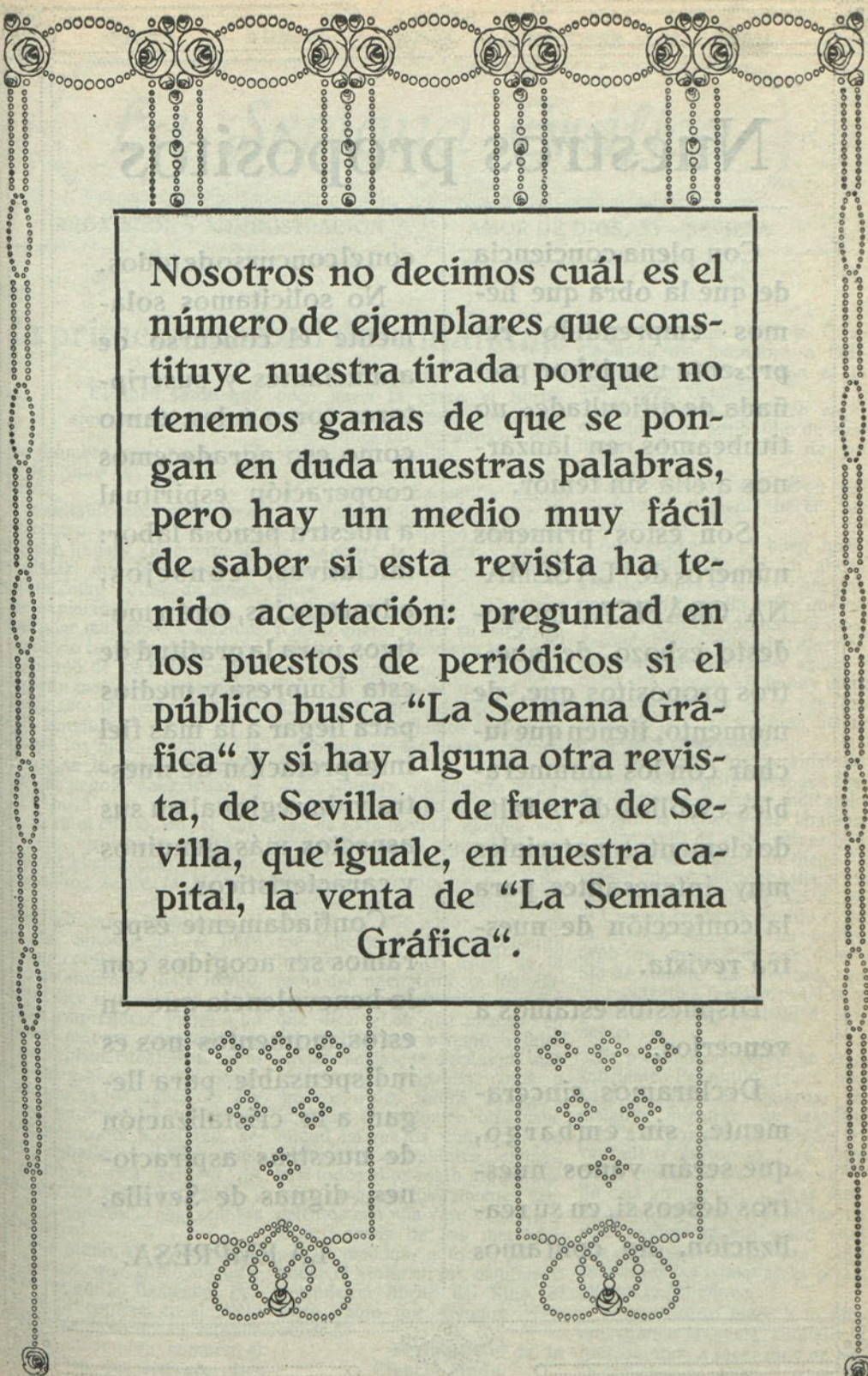
IMPRENTA BERGALI

ÚNICA CASA EN SEVILLA QUE IMPRIME
OBRAS DE MÚSICA.



AMOR DE DIOS, núm. 33

Teléfono 827



Nosotros no decimos cuál es el número de ejemplares que constituye nuestra tirada porque no tenemos ganas de que se pongan en duda nuestras palabras, pero hay un medio muy fácil de saber si esta revista ha tenido aceptación: preguntad en los puestos de periódicos si el público busca "La Semana Gráfica" y si hay alguna otra revista, de Sevilla o de fuera de Sevilla, que iguale, en nuestra capital, la venta de "La Semana Gráfica".

Nuestros propósitos

Con plena conciencia de que la obra que hemos emprendido representa una labor preñada de dificultades, no titubeamos en lanzarnos a ella sin temor.

Son estos primeros números de "LA SEMANA GRÁFICA" un modesto esbozo de nuestros propósitos que, de momento, tienen que luchar con los innumerables escollos de la falta de elementos materiales muy interesantes para la confección de nuestra revista.

Dispuestos estamos a vencerlos.

Declaramos sinceramente, sin embargo, que serán vanos nuestros deseos si, en su realización, no contamos

con el concurso de todos.

No solicitamos solamente el concurso de anunciantes y suscriptores como tales; tanto como eso agradecemos cooperación espiritual a nuestra penosa labor: iniciativas, consejos, advertencias, serán motivos para la gratitud de esta Empresa y medios para llegar a la más fiel interpretación de nuestra vida regional en sus aspectos más genuinos y característicos.

Confiadamente esperamos ser acogidos con la benevolencia que en estos momentos nos es indispensable para llegar a la cristalización de nuestras aspiraciones, dignas de Sevilla.

LA EMPRESA.

La Semana Gráfica

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

AMOR DE DIOS, 33.—SEVILLA

A la primera luz azul de la mañana

El libro sabio que siempre dice verdad.

Este hombre que vende «El Libro del Sino» es un viejo lamentable.

Da inevitable asco mirarle al pobre rostro.

¿Fueron llagas? ¿Fué viruela? ¿Escrófulas, que le ciñeron la garganta como collar de martirio, de expiación?

Cualquier mal atroz y hediondo, escogido con detenimiento del gran surtido de los infiernos por un espíritu maléfico, puso sobre la faz de este ser una careta de miseria horrible.

Le tapó los ojos, le achuchó la nariz que se le convirtió en un minúsculo pegote sangriento, le torció la boca y le royó los labios... Y en el cuello, ¡en el cuello le hizo repliegues azulencos y costuras blancuzcas con rebordes encojidos sobre la piel negra!

—¡Aj, señoras y caballeros, el Libro del Sino! ¡Es el libro sabio que contiene el sino de todas las criaturaas! ¡Este librito, señoras, dice si la persona que lo consulta emprenderá viajes o ha de tener amores desgraciados; en él se explica, caballeros, cuanto se refiere al sino de las personas sacado de los signos del Zodiaco y con arreglo a la fecha de su nacimiento! ¡Compren, señoras y caballeros, el libro sabio que siempre dice verdad! ¡A una perrita gorda los vendo y me quedan pocos!... ¡Aj, señoras y caballeros!...

En una mano, el garrote rancio y grueso, que, como si cantara una tonadilla flamenca, golpea con la contera en el suelo mientras va diciendo su retahíla isócrona: «¡Compren, compren el librito sabio que siempre dice verdad!» Y en la otra, tendida un

poco hacia la gente, el librito rosa, de papel barato, como esos almanaques zaragozanos de don Mariano del Castillo.

Tiene el pecho cruzado y hendido, sobre la chaquetilla añosa y verdicanela de mugre, por la correa de un carterón negro que le cae sobre la cadera y donde guarda la mercancía maravillosa...

¿Quién comprará de ella! ¿Quién querrá saber su sino! El mismo vejete que vende los libritos es una negación de su negocio. ¿Y si el sino de uno es quedarse ciego, desnarigado y corsusido? ¿Queríamos saber de antemano todas esas atrocidades?

¡Cualquiera, cualquiera expone antes de tiempo la tranquilidad de toda la vida aunque sea a tan bajo precio como el de una perrita gorda. Nada, nada, buen viejo; no nos tienta la baratura. Quédese con su libro adivinador. ¿No ve que a lo mejor abre uno ese folletito brujo, se consulta todo eso que dice usted de la fecha del nacimiento y los signos esos, y se encuentra uno con que dice: «Los que nazcan en esta fecha y con arreglo a tales circunstancias, se quedaran más tarde o más temprano, cojos, o mancos; o les saldrá una giba inmensa o cualquier otra calamidad así que los convertirá en fenómenos ambulantes; además, casi todos ellos están predestinados a pregonar los crímenes sangrientos con una vara y un lienzo a la salida de los mercados por la mañana, a tocar por la noche el violín en las esquinas o a vender el librito del Sino, el libro sabio que siempre dice verdad.»

Periquillo el de la Ciencia Muda.

—Habíamos quedado, señores,

en que Periquillo el de la Ciencia Muda nos iba ahora a indicar qué carta de la baraja es la que escogió el señor.

Así grita este caballero encaramado en un patibulillo de tembleque, en la plazoleta de un mercado...

Los chiquillos estuvieron mirándolo atentamente hacer sus preparativos.

Aquí engancha el buen hombre un pedazo de colcha; ahora afianza contra el suelo, para que no cojee, la mesilla sobre que ha de subirse; luego monta una silla; después apoya en alto y abiertas unas láminas coloradas, azules y color «de carne», donde hay unas caras sin piel que se le ven los raigones por las mejillas llenas de hilillos encarnados.

—¡Estos son los nervios!—lo oyerón todos gritar después desde lo alto de su mesa indicando los hilillos rojos de las láminas.

Pero antes de esto, empezó, a campanillazo limpio, un juego de manos que no concluye satisfactoriamente. El de Periquillo el de la Ciencia Muda. Periquillo el de la Ciencia Muda es un bolondrón con orejas que este demonio de hombre ha fabricado en un momento a fuerza de nudos y porrazos, con su pañuelo de sonarse.

Pero cuando el corro ha sido suficiente, Periquillo, («que nos hará el favor de aguardar un instante mientras un servidor pasa a exponerles a ustedes el verdadero objeto,» etc.) es abismado cuidadosamente en aquella caja grande con correas donde están las cajitas redondas de sutil madera blanca como esas que usan en las boticas para despachar las pomadas, el precipitado, la belladona...

Y este señor, luego a lo último, cuando la gente empieza a huir, se pone a sacar muy de prisa puñados de cajitas y a gritar con toda bulla.

—¡Una por aquí, otra por allí, tres para aquel señor, dos para esta niña...—pero como ve que se le van llenando los brazos de cajitas infructuosamente, cabecea, viendo alejarse al corro, tristemente cargado de sus cajas para curar cosas.

Da un suspiro.

Vuelca las cajitas en el cofre.

Rebusca y extrae a Periquillo el de la ciencia Muda y la emprende a bocados con él. A mordiscos lo desata. Lo vuelve a su pristino ser de moquero, y abarcándose con él la mayor cantidad posible de nariz, se hace una magnífica sonada.

F. COVES.

Sonrisas

El puro que se fumó a un hombre

Cuando has leído el título, lector, seguramente me has tomado por un loco. Y vo te juro que lo que voy a contarte, es cierto, que ha sucedido en un elegante y concurrido café sevillano.

Yo mismo estuve en la duda y creí que se trataba de una broma de mal gusto. Hacía pocas noches que mi pobre corazón se arrugó de pena leyendo las narraciones espeluznantes de Edgar Poe. Recuerdo que tuve pesadillas torturantes. Vi, cómo Romanones, con saltos y piruetas absurdas, repartía su dinero entre los pobres; vi, que la Giralda sedoblaba como esos gimnastas delos Circos ambulantes y daba un beso a la calle Sierpes; vi por un raro fenómeno que no puedo explicarme, que las aguas del puerto crecieron como crece la espuma del jabón y llegaron hasta Huelva, desapareciendo Triana la típica y llena de gracia...

Sencillamente absurdo, todo esto. Bien. Pero lo que voy a contar no lo es. Los cafés en penumbra, llenos de humo, de vahos humanos, de secretos insospechados, son un arcano, un misterio de cuento de hadas. El café, es y será el refugio amable, como de regazo de mujer de todos los desocupados, de los abúlicos, de los que deían dormir la materia despreciable en el mullido diván para dejar libre a la imaginación en un sutil contacto con el corazón y soñar los más bellos sueños del espíritu.

En los cafés, como en la vida, hay clases. Aquí el traficante; allá el burgués; más allá el enamorado que escribe a la novia buena, lindas mentiras de amor; en los rincones—rincones famosos—los artistas, desgranando con las palabras la quimera, la originalidad, la utopía. Eternos descontentos de todo, que por estarlo, ven siempre un nuevo horizonte de luz, de idealidad, almas jamás torturadas por el escepticismo...

Son los selectos, los elegidos, los capaces de llegar en el bien a lo superhumano y en el mal a los espasmos y terrores de la tragedia de más puro abolengo ateniense.

Entre estos raros ocurrió el he-

El idioma de Cervantes

La celebración en Sevilla del II Congreso de Historia y Geografía Hispano-Americanas, nos evoca el recuerdo de un suceso acaecido en la estación de Burdeos a varios obreros sevillanos, que regresaban de visitar la Exposición Universal de París del año 1889.

Al llegar a la estación de la capital de la Girona, faltaban tres horas—que a nosotros nos parecieron siglos—para tomar el tren que había de conducirnos a nuestra inolvidable patria, después de un mes pisando suelo extranjero.

Sevillanos netos, jóvenes en mayoría, que se sentían nostálgicos de no ver el muñeco de la Giralda con sus cuatro férreos florones, pensaron que lo más clásico para distraer las horas de espera, en un lugar donde *todos eran extranjeros*, consistía en imitar un ratito al toro, como hacen los chiquillos en nuestras típicas barrietas.

Aprobóse por unanimidad el acuerdo y accedió a hacer de *astado* el más joven de la *cuadrilla*. Se ejecutaron las suertes más celebradas de *Lapartito* y *Fras-cuelo*, como hoy hubiéramos imitado las de Joselito y Belmonte.

Los empleados de tan magnífica *pare* y los pasajeros que iban acudiendo a ella para tomar el tren de Irún, nos proporcionó un público algo numeroso. Esto nos hizo dar fin de la improvisada *corrida*.

Y cansados de la brega, nos acercamos a un velador, donde nos aguardaban algunas codiciadas botellas del vinillo de la tierra.

Pero cuando entusiasmados estábamos discutiendo y comentando los lances de nuestra improvisada fiesta, notamos, con sorpresa, que un soldado francés, vistiendo el uniforme del *zuavo*, se

dirigía hacia nosotros, despacio, pero con marcado y airoso paso militar.

Al notarlo, uno de los nuestros, que ya iba sintiendo los efectos del néctar extranjero, nos dijo con sordina: «a este franchute, por si es un *gañote*, le vamos a decir que aquí *no compramos pan*»; pero cuál no sería nuestra sorpresa al oírle exclamar en correcto castellano: «Buenas tardes, señores».

Ponernos todos de pie y sombrero en mano para contestar tan inesperado saludo, fué como si una fuerza impulsora se hubiera anoderado de nuestras voluntades.

—No extrañéis mi atrevimiento al interrumpiros en vuestra alegre y simpática charla. Desde aquella cantina os he escuchado, y me di: Hablan en el hermoso idioma de Cervantes; con las palabras que me enseñó a rezar mi madre, que es española como vosotros, de Cádiz, que ama a su patria y vive de sus recuerdos. Vengo licenciado del Tonkin y hace tres años que no he tenido ocasión de hablar el idioma castellano, sino el francés, que es el de mi padre. Vuelvo a la Argentina, mi residencia, donde todo es español, porque allí se habla con la palabra del manco de Lepanto, el heraldo de la hidalguía española, la que han heredado los hijos de América.

Y cuando más entusiasmados estábamos los componentes de aquel improvisado Congreso hispano-americano, la campana de la *gare* anunció la próxima llegada del ansiado tren.

La despedida fué afectuosísima y terminó con un entusiasta *jiva* Español lanzado por el *zuavo* argentino y contestado no sólo por nosotros, sino hasta por los *extranjeros* que presenciaron el caso.

[Es mucho el idioma de Cervantes]

J. BÉJAR.

Perfiles

cho. No es este artículo una pálida flor de humorismo. Nuestra juventud—llena de inquietudes ideales—no sabe esconder el dolor tras la sonrisa piadosa. La vida es buena si se sabe vivirla. Hay que reír como los niños y llorar como los hombres. ¡Es tan triste conocer la mentira de todas las cosas! Ver la vida en el espejo irónico de los humoristas es cortar las alas de mariposa de la ilusión...

Comprenderlo todo, perdonarlo todo, sí, pero amarlo todo también.

Y ahora ve el caso estupendo de un puro que se fumo a un hombre...

—Digo, que todo es uno y lo mismo—exclamo un filósofo.

—En efecto. Es igual un gordo que un flaco—replico un materialista.

Comenzó la discusión, violenta, resaltante, desahogada. Bastó una frase para distraer una tarde. Todos intervinieron. Las gentes sencillas del café nos miraban asustadas, como se mira a los locos que andan sueltos.

Llegó otro amigo, culto, comprensivo y sutil. Saludó y pidió su brepaje. Luego enmudeció.

Fumaba un formidable habano procedente—según dijo—de un banquete dado a un ministro. Lo fumaba ansiosamente, con una fuerza absorbente, digna de mejor empleo.

El fumador contumaz era un hombre robusto, ágil, fuerte. Fumaba con delección. A veces sostenía luchas enormes con los cigarros. Los apretaba, les soplabá furioso, les apunaba con un palillo de los dientes. El cigarro, terco, no ardía. Se arrugaba como si estuviese en la agonía y al aplicarle la lengüecilla de fuego de la cerilla despedía un humo negro, muy negro, que parecía un grito de dolor, de protesta, de rebeldía. Empero los dedos gordos de su verdugo, le apretaban más y más, como queriendo ahogar. Y la lucha seguía cruenta, apocalíptica, trágica.

Más de una vez le hice observaciones sabias, que calificaron los demás de ingenuidades intolerables en un escritor moderno.

Bien. Juzga tú, lector. Yo, le he dicho que así como hay un sindicalismo cruento entre los hombres lo hay también entre las cosas. Porque este hombre, maldita mucho a los puros. No hay uno que le saiga bueno. Se obstinan

en no arder, por un secreto que creo haber adivinado: han declarado la huelga general con todas sus consecuencias...

Nuestro amigo no cree en esto que atrino y continúa imperturbado su lucha con los puros de todos los precios y de todas las marcas.

Esta tarde está enfascado en su lucha. El puro del banquete al ministro, no arde. Ha gastado las cerillas de los demás. En las pausas de la conversación no se oye otro ruido que el de la absorción furiosa de sus labios resecos.

El, tan culto, tan inquieto, no ha hecho caso de la discusión.

Yo he padecido horribilmente. He visto como se ponía muy pálido. Después—ya las sombras del anochecer envolvían el salón—le vi demacrado, temblando, con un raro fulgor en los ojos. Mas tarde, al encender una cerilla, estuve a punto de lanzar un grito de horror, pues le vi tan esquelético que creí que le miraba a través de unos prismáticos vueltos del revés. Me contuve. ¿Estaría yo enfermo?

Anochece por completo. Una angustia insuperable me hacía pensar en la muerte. Temía una caída, una duda cruel. Miraba al sitio donde mi amigo se había sentado, no veía su sombra. Anneé con toda mi alma que encendieran las luces.

¡¡Por fin!!
¡¡Horror!!
Mi amigo desaparecido nuestro amigo. Mire debajo del velador. Y vi—¡¡juro, lector, que es verdad—un traje, un sombrero, una muda y unas botas...

Al lado de estos restos, el puro del banquete del ministro, ¡¡arrrrr!! contento de sí mismo...

La policía busca, escudriña, analiza el caso de la desaparición de mi amigo...

¡La huelga general de los puros ha sido ganada!

Desde hoy arderán todos, contentos, para honra y prestigio de la Habana...

LÁZARO SOMOZA SILVA.

Dr. Castilla Calvo

Consultorio médico-quirúrgico

Consulta de 1 a 3 y de 8 a 9

FERIA, 157.—SEVILLA

Es un fenómeno curioso que unas veces provoca compasión pasajera y otras reconcentrada nílidad, la amargura y el dolor moral de los «eternos» aspirantes al estreno de la obra (drama, comedia, sainete, etc.), en la que han puesto todas sus esperanzas, todos sus sueños de gloria, todas sus aspiraciones de triunfo, toda la emoción de sus espíritus apasionados, románticamente apasionados...

Vedlos bullir, tímidos y con aire poco garboso, en el patio de butacas durante la hora del ensayo, en acecho de una ocasión, de un momento propicio, para plantear al director artístico o al primer actor de la compañía el apremiante dilema:

«O me ponen la obra enseguida o la reiro. ¡Hace tanto tiempo...!

Y tiene razón el infortunado aspirante a prestigio de la literatura escénica. Los cómicos son crueles; para ellos, no vale nada el dolor ajeno.

Eternos faranduleros del tablado, no pueden sustraerse a su influencia en la vida real y los fenómenos, ya de origen físico o moral de esa misma vida, se reflejan en sus espíritus como algo bañado, frívolo, demasiado «teatral». De ahí, que no comprendan el supremo dolor de un gesto, que es como un poema de ilusiones rotas o no acierten a interpretar el fracaso de unas esperanzas afanosamente mantenidas. ¡Los cómicos son crueles!

He presenciado la derrota moral de muchos literatos, ¡pobres literatos ilusos!, que cometen el pecado de menigajar la influencia del comico para que se estrene su obra, compendio de afanes, desvelos y viglias largas y penosas y siempre se ha dado el mismo caso: ¡un caso de amargura y desaliento que tiene dolorosas reproducciones!

Al actor, ya consagrado, no se puede llegar con la obra debajo el brazo, la emoción en el ánimo y el dolor en el espíritu desilusionado, imploranda hospitalidad. El no entiende de sordas tragedias. Goza demasiado de sus triunfos desde la espléndida atalaya de su cumbre artística para que vaya a descender a tan menudos menesteres!

FERNANDO RISQUET,

El natural de los sevillanos

El sevillano es afable y cariñoso, sin afectación ni falsía; dice lo que siente su corazón, y su corazón rebosa de sentimientos generosos y filiales.

El forastero tiene siempre una acogida familiar. El sevillano entabla enseguida conversación con el desconocido, le cuenta sus alegrías y sus dolores, se le ofrece en cuanto le sea menester, y si se tercia, lo convida y lo lleva y lo trae como si hubiera sido su amigo toda la vida.

Cuando un forastero pregunta a un sevillano en la calle por la certeza de una dirección, éste no sólo se la da con todo género de detalles que no le den lugar a dudas, sino que si es preciso lo acompaña, aunque él tenga que desandar lo andado para continuar la ruta de su camino.

Por eso y por la corrección y el afecto con que se le trata, el forastero se llega bien pronto a creer que en Sevilla está en su propia casa, entre sus hermanos, entre sus amigos, entre sus camaradas...

El sevillano es pundonoroso y caballero, cosa que bien pregonan su trato leal, su hombría y hasta la distuición y finura de su porte.

De genio optimista, sus palabras van siempre hacia el norte la alegría, y es ese el porqué de su gracia, de su donaire, de sus chanzas festivas.

El sevillano tiene siempre en la punta de la lengua un chiste salado, una viva hipérbole, una burla agradable, un piropo florido. De una vivacidad extraordinaria en el ingenio, sus palabras, rápidas y oportunas parecen que centellean. Sus burlas no llegan a herir sino a punzar para que en el que es objeto de ellas, salte la respuesta y todos rían y se gocen.

El sevillano comparte con todo el que le rodea su franca amistad, su vino, su alegría, y como no tiene apego al dinero, lo suyo es de todos y para todos.

Trabajador, es de lo más sufrido y diestro, de lo más inteligente y voluntarioso entre los trabajadores.

Prontamente se hace cargo de las dificultades de su arie y las vence, con una gran maestría y diligencia.

Sirvan de ejemplo los forjado-

res de hierro, los mecánicos, los alfareros, los que acuñan toneles, los que flocean el ladrillo a punta de cincel...

Para ellos el trabajo no es un castigo, ni una faena de pesadumbre; diríase que un pasatiempo o acaso un modo llano y decoroso de ganarse la vida.

Por eso, no se ven en su rostro durante el trabajo, las huellas de la incomodidad, del disgusto o del encono, y si el claro reflejo de la inteligencia, el firme propósito de la voluntad, y la satisfacción del que está cumpliendo con su deber, digno y honrado.

Y es también por eso el que sea la copla sandunguera y amorosa la que llene con su cálida armonía y su saludable regocijo el ámbito del taller soleado.

En el amor, el sevillano suele ser fiel y constante, y siempre apasionado hasta la locura, y celoso hasta la ceguera.

El sevillano, *pelando la pava* en la reja florida, es tan valiente como el Cid. ¿Quién se atrevería a disputarle su amor, la gloria de este mundo?

¿Y en el patriotismo? Las páginas de la historia de España, están llenas de su amor idolátrico y de su fecundo heroísmo.

Nunca dió la menor prueba de deslealtad hacia sus hermanos ni de sordera ante el clamor de la patria.

El «No me ha dejado» de su escudo, es como un pregon de sus amores, como un juramento y promesa de fidelidad a España.

El pueblo sevillano es vehementemente en sus impulsos, pero prudente y firme en sus resoluciones. Y tiene un porte de disuición y de elegancia espiritual, que parecenos ver revivir en él el pueblo de la antigua Grecia.

Todo en el pueblo sevillano es digno y armonioso, gentil y artístico.

Tanto en sus manifestaciones populares, como en su vida ciudadana, pregonera un don de virtud, de ecuanimidad y de belleza.

Y en su fé un exaltado espíritu de idealidad.

En la calle se muestra respetuoso y ordenado; no desentona con gritos ni con chocarrería.

En el café charla o discute a media voz, bromea y sonríe...

El café parece la estancia de una numerosa familia, por lo cor-

teses, por los afectuosos que están cuantos lo llenan.

La comprensión del arte y de la belleza, son cosa ingénita en el pueblo sevillano y de ello se derivan su respeto a las flores de los jardines públicos y a las obras de arte. Sevilla fué la primera ciudad que puso al aire libre en sus jardines y sin guardianes, librerías con obras de Cervantes y de Bécquer para enseñanza y admiración del pueblo.

Y es en Sevilla donde sin la intervención oficial ni artística de autoridades y académicos, se han organizado las procesiones de Semana Santa, asombro del mundo por el arte que en ellas se derrocha, su originalidad y riqueza.

Y en la misma fiesta de toros—en otras partes tan brutal—aquí en Sevilla parece más fiesta de arte, de luz y de gracia.

También, más que en otro pueblo, se la adorna con sentimientos de humanidad.

El buen aficionado de Sevilla va a los toros para recibir una lección de arte y de ciencia. Si el maestro llega a las más altas cumbres de la belleza le ovaciona frenéticamente y lo conduce a su casa a hombros, mejor que a un César; pero si cae en el absurdo y en lo desgracia, le perdona el error, sin ofensas ni agravios.

Así es el pueblo de Sevilla, este pueblo inmortal, Atenas de España, emporio de belleza y de arte, alta cumbre de amor, donde el corazón gigantesco resplandece, derramando todos sus sentimientos, en dádiva generosa para todos los hombres hermanos.

J. MUÑOZ SAN ROMÁN.

Gran Sastrería
CASA SUBIRÁ
O'DONNELL, 30 y 32

SEVILLA

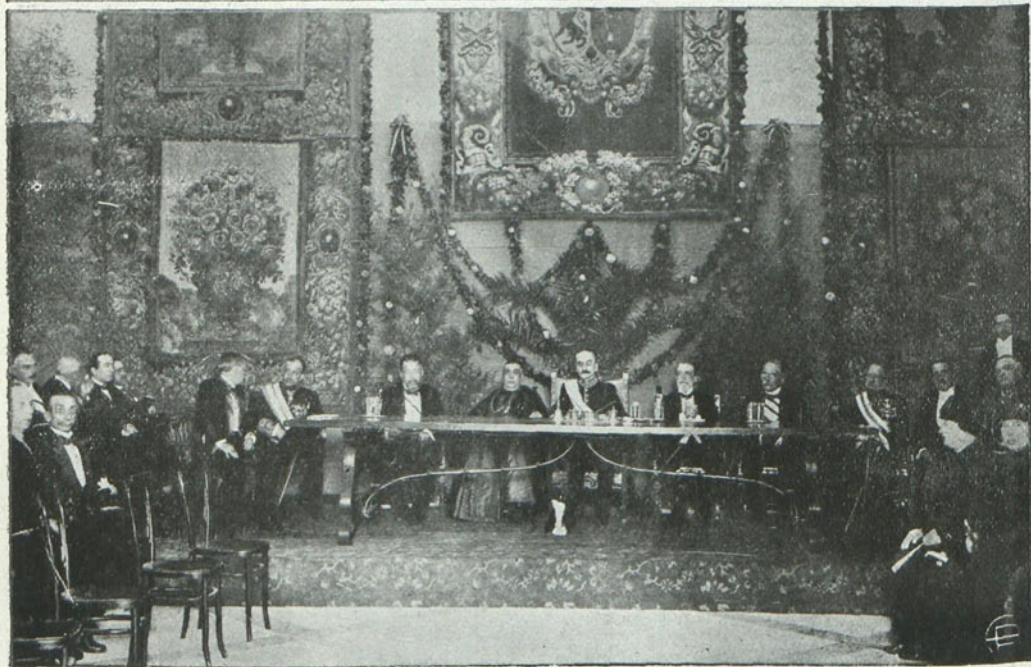
INFORMACIÓN GRÁFICA



LA REINA EN VALLADOLID.

S. M. la Reina con el uniforme de Coronel del Regimiento de Húsares Victoria Eugenia en la tribuna regia durante la bendición de la nueva bandera de la Academia de Caballería, acompañada de la Reina Cristina. Fot. Vidal

CONGRESO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA HISPANO-AMERICANAS



(1) El ministro de Instrucción Pública rodeado de las autoridades y congresistas en el patio de Arte antiguo después de la sesión inaugural.—(2) El ministro acompañado de las autoridades inaugurando el Congreso de Geografía e Historia Hispano-americanas que actualmente se está celebrando.

Fots. Serrano.

MISCELÁNEA GRÁFICA



(1) Concurrentes al banquete dado al ministro de Instrucción Pública (X) por el Comité de la Exposición Hispano-Americana en el Pabellón Real.—(2) La Junta de Monumentos con el señor Aparicio (X) en la visita que hicieron a las ruínas de Itálica.—(3) El ministro, (X) acompañado del Gobernador civil y de señoritas de la aristocracia, visitando el yate "Liberty" del multimillonario inglés Mr. Houson. Fots. Serrano

MISCELÁNEA GRÁFICA



(1) Significados congresistas del Congreso de Geografía e Historia paseando por el parque de María Luisa. (2) El exsultán de Marruecos, Muley Haffid, (X) saliendo de visitar "La Cartuja" acompañado del aristócrata don Carlos Pickman. (3) El ministro de Instrucción Pública, señor Aparicio, rodeado de congresistas y periodistas que le acompañaron en la visita que hizo al Museo de Pinturas. Fots. Serrano.

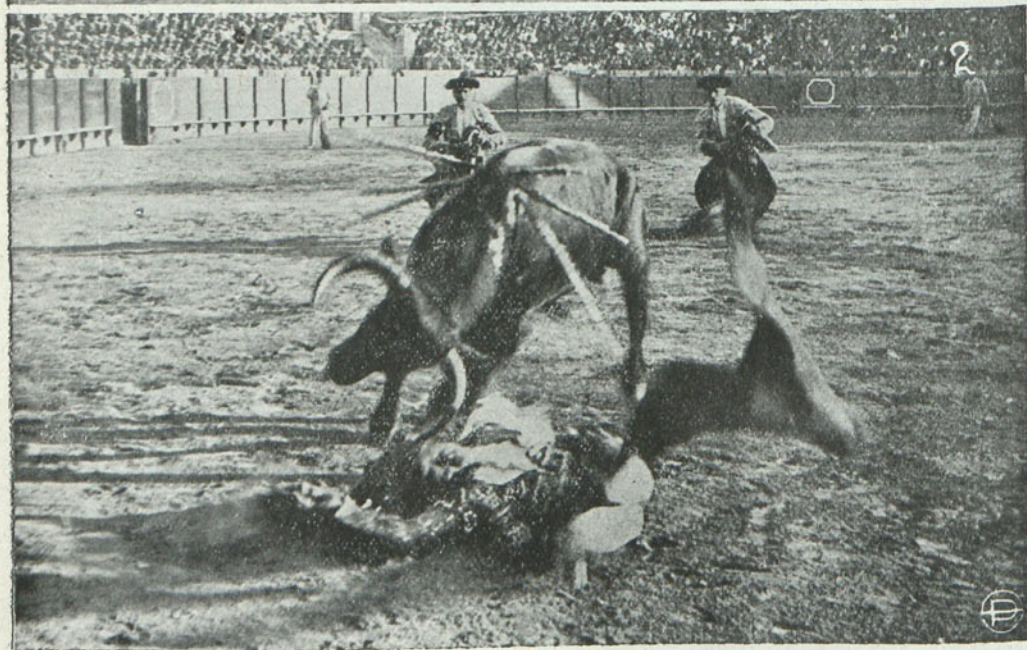
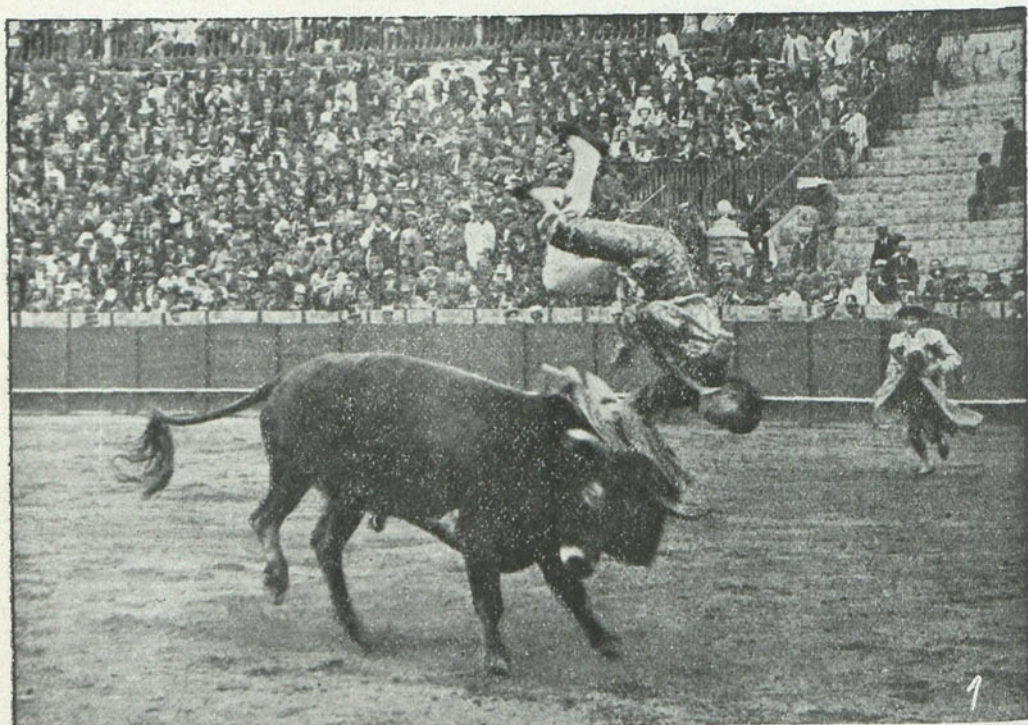
● Recepción en el Ayuntamiento ●



Sevilla.—Grupo de asistentes a la recepción celebrada con gran brillantez en los salones de nuestro Ayuntamiento en honor de los congresistas del Congreso de Historia y Geografía Hispano-Americanas.

Fots. Serrano.

DE LA NOVILLADA DE SEVILLA



(1) Aparatosa cogida de Nacional II en la corrida celebrada el domingo pasado en la Plaza de la Maestranza. (2) Emocionante cogida de Sánchez Torres, de la que resultó gravemente herido.

Fots. Sánchez del Pando.

Notas de actualidad



Sevilla.—(1) Aspecto de la manifestación celebrada en desagravio de la ciudad, con motivo de la obra "El Parque de Sevilla", de los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández; y (2) Primero y segundo premio de las carreras de bicicletas celebradas el domingo. *Fots. Serrano.*



Córdoba.—Boda del poeta cordobés don Antonio Arévalo con la bella señorita Pepita Barreto, acompañados de los padrinos e invitados.

Fot. Montilla.

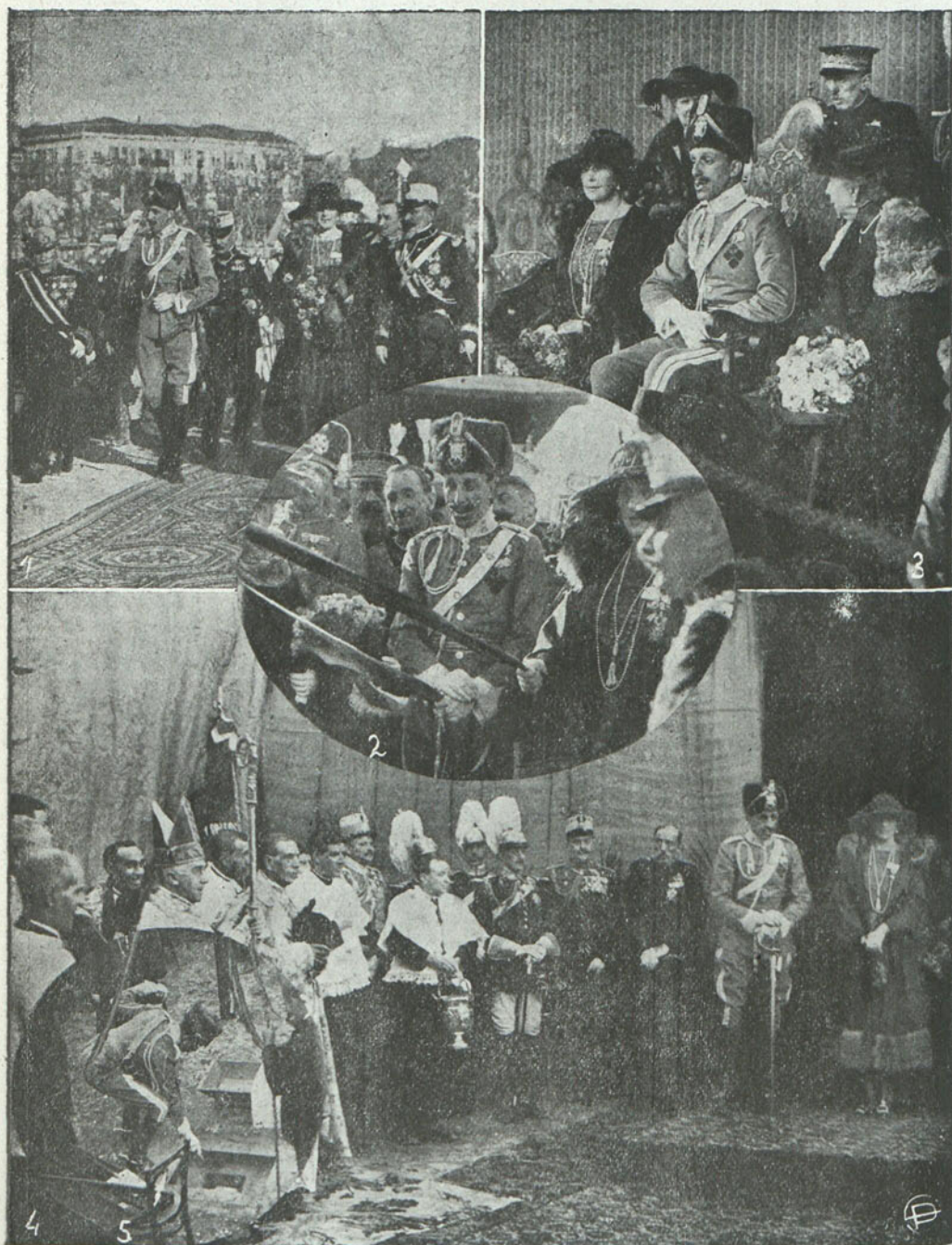
— LAS CRUCES DE MAYO EN SEVILLA Y HUELVA —



Sevilla.—(1) Bellas concurrentes a la cruz de la calle Lista. (2) Un "bouquet" de flores humanas: divinas mujeres sevillanas en la cruz de la Escuela Francesa.—(3) Un cuadro de baile andaluz en la cruz de la calle Macasta.—Huelva. (4) La cruz de la Cofradía de San Francisco, concurrida por bellísimas señoritas onubenses. (5) La cruz del Orfeón onubense.

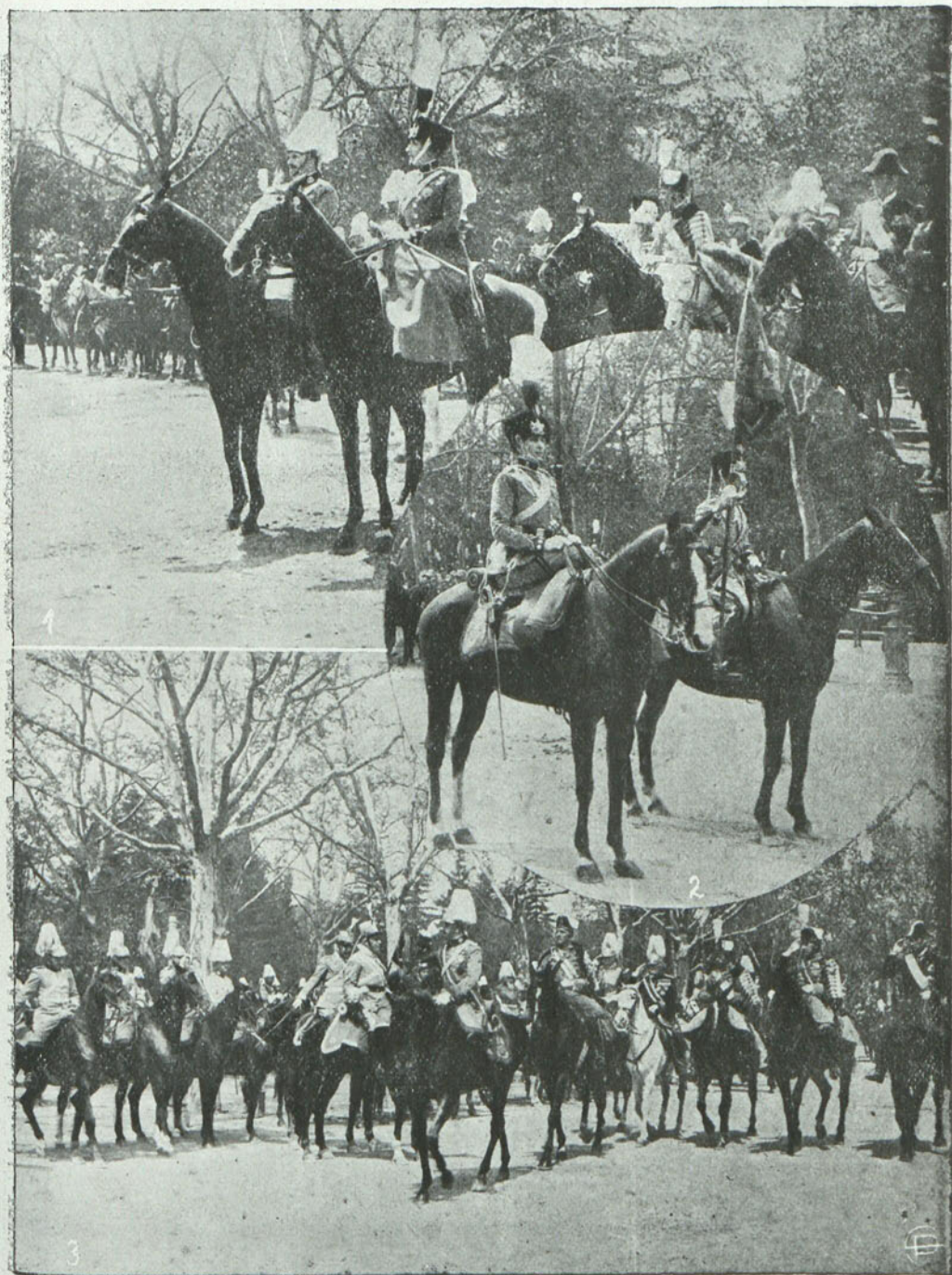
Fots. Serrano y Calle.

LOS REYES EN VALLADOLID



- (1) Llegada de SS. MM. al lugar enclavado para la nueva Academia de Caballería. (2) La Real familia en la tribuna regia durante el discurso del Ministro de la Guerra señor Eza. (3) SS. MM. presenciando el acto de colocación de la primera piedra. (4) SS. MM. los Reyes colocan la primera piedra de la casa de los ferroviarios. (5) El Rey echando una paletada de cal en la primera piedra. - Fots. Vidal.

La Reina, Coronel de Caballería



Valladolid.—(1) Los Reyes presenciando con su Estado Mayor el desfile de las tropas. (2) La Reina al frente del Regimiento que lleva su nombre. (3) El Rey seguido de su Estado Mayor al llegar al Campo Grande donde se verificó el acto de tomar posesión del mando de coronel del Regimiento Victoria Eugenia, de Caballería, de S. M. la Reina.

Fot. Vidal.

VISITA A LA CASA DE CERVANTES



Valladolid.—(1) Llegada de los Reyes.—(2) Muchachas que han entregado ramos de flores a las Reinas, a la puerta de la casa de Cervantes.—(3) Muchachas del pueblo conversando con la Reina doña María Cristina.

Fot. Vidal.

La actualidad gráfica en Jaén



(1) El coronel del Regimiento de Castilla rodeado de las aristocráticas señoritas que sirvieron la comida a los soldados el día de la jura de la bandera. (2) La marquesa de Villalta acompañada de las señoritas que asistieron a la jura de la bandera. (3) El coronel del Regimiento de Castilla dirigiendo la palabra a los reclutas. (4) El gobernador civil, el presidente de la Diputación y otras personalidades en el banquete dado a los jefes y oficiales del Regimiento de Castilla. (5) Un recluta jurando la bandera.

● La Feria de Sanlúcar la Mayor ●



Aspecto de un tendido en la corrida de toros celebrada con motivo de la feria.



Bellas señoritas de la localidad postulando el día de la fiesta de la flor.

Fots. Olmedo.

Los perfumes
marca
ÁNFORA
son los preferidos
por las mujeres
elegantes.

INSTITUTO
ESPAÑOL
SEVILLA

HELIOS

MODAS



He aquí cuatro elegantes modelos de primavera. De los tres sombreros, el primero es de gran tamaño y va decorado con cerezas y hojas verdes; el segundo es pequeño, construido con picot y tafetán, llevando un adorno de fantasía en forma de ala; el tercero es una toca de crepé de la China, con artísticas flores veladas por un encaje. La otra figura es una bonita robe para asistir a comidas, que tiene un marcado "cachet" de elegancia. Se hace con satén labrado y se adorna con encaje español

El mendigo inglés.

Quando Edward Easterbrook salió del Casino de Niza, en donde se había pasado toda la noche jugando al «bacarrat», observó que no le quedaba en el fondo del bolsillo más que un billete de cincuenta céntimos de la Cámara de Comercio de Lyon.

El billete no tenía aceptación fuera de la región, y además, la cantidad de cincuenta céntimos era manifiestamente insuficiente para pagar seis días de pensión en el Metropolitain-Nice, donde un vasito de Oporto cuesta doce francos.

Edward Easterbrook se sintió muy abatido. Pensó en su anciana madre, que vivía en Londres; pensó en su hermano mayor, que le había prestado sesenta mil libras hacía un año, y pensó en la crisis de la moneda, y por pensar en algo agradable y en consonancia con sus gustos, pensó en la doma de caballos de carrera.

Regresó al Metropolitain-Nice y pidió que le subieran a su cuarto una botella de champagne y la nota de sus gastos. Miró la nota, bebió un poco, dobló la cuenta, vació definitivamente su copa y se puso a pensar.

—[Tres mil francos!—se dijo.—
[Tres mil francos! No los tengo.
No puedo pedirle a mi madre
por telegrafo más dinero. Ade-
más, puede decirme que no me
envía un cuarto. Mi hermano
preferiría verme preso a prestar-
me siquiera cien mil francos. No
sé trabajar. Soy, pues, un pobre.
Hay en este país muchos pobres;
pero no he encontrado uno solo
que sea inglés. Voy a hacerme
mendigo inglés, cosa que será
muy pintoresca. Un mendigo es
siempre más honrado que un es-
tafador y que un usurero. Cuan-
do se le prestan mil francos a un
amigo se pasa un mes en plena
inquietud antes de saber si nos
los devolverá. Cuando se le dan
unas monedas de cobre a un
pordiosero, está uno tranquilo,
porque se sabe que no las de-
volverá jamás. Meditemos.

Edward Easterbrook, que no
quería dejar nada atrás de sí,
abrió el armario de su cuarto
y su maleta. Sacó uno a uno sus

trajes y sus útiles de *toilette*, e hizo en una hoja de papel el correspondiente inventario de todo.

El total de todo lo que dejaba en su cuarto sumaba una cantidad igual a la que importaba la cuenta del hotel.

—...Y un par de guantes, valorado en 142 francos, total: 3.001 francos. ¡Bah!—pensó.—Bien puedo valuar en 142 francos un par de guantes cuando en el hotel valúan una copita de Oporto en doce francos.

Y dejó también como propina un alfiler de oro que evaluó en doscientos francos. Después, y con el ánimo tranquilo, abandonó a paso ligero el Metropolitain-Nice, donde media botella de agua mineral costaba doce francos.

Por nada del Mundo hubiera consentido Edward Easterbrook en ir a casa de un prendero a convertir en moneda sus trajes. ¿Es delicado ir a ofrecer a alguno en venta la camisa cuando se tiene otra para mudarse...?

Entre Niza y Cannes, fué donde Edward Easterbrook resolvió despojarse de algunas prendas de vestir y de las botas para presentar un aspecto que despertase la conmiseración de las gentes.

Se descalzó y casi se desnudó detrás de una peña. Se echó en el polvo y se arrancó algunos botones del chaleco. Se miró en un espejito de bolsillo, y como hacía dos días que no se había afeitado, se encontró de aspecto bastante miserable para un mendigo, y pensó en encontrar por casualidad un rincón en el camino donde recogerse, y una limosna en los transeúntes. Edward Easterbrook se puso a andar y tender la mano.

Cuando llegó la noche había andado cerca de quince kilómetros... Estaba cubierto de polvo, y no había recibido ni un céntimo ni un pedazo de pan...

El aspecto de este mendigo con los pies desnudos y en mangas de camisa, pero con un pantalón impecable y una camisa fina, no era para inspirar lástima a las almas caritativas que Edward

Easterbrook encontraba en su camino.

Además, las almas caritativas que van de Niza a Cannes y viceversa, viajan en automóvil, y a una velocidad que no permite casi hacer ninguna caridad a los mendigos a pie. Edward pensó que los mendigos de hoy debían ir en motocicleta, cuando menos, para poder perseguir a gran velocidad a los transeúntes con la tenacidad necesaria para sacar algo a los automovilistas.

Con el corazón lleno de amargura se sentó en un poyo de la carretera que marcaba un número de kilómetros, y silbando un cuplé inglés, se puso a contemplar el horizonte.

A su espalda, el cascabel de un caballo y el débil resplandor de un farolillo que se movía, le anunciaron la presencia de un carricoche. Edward Easterbrook decidió detenerle y conmovió al conductor, fuese quien fuese. Y se colocó con los brazos cruzados en medio de la carretera.

Una anciana aldeana refrenó al caballo, y éste acortó la marcha; después se paró en seco, y alzando la voz, dijo:

—¡Eh, buen hombre! ¿Qué haces ahí parado? ¿Qué tienes?

—Un poco de frío y otro poco de hambre—respondió Edward con energía.

La vieja meditó un instante... Después movió la cabeza... y sacó de la caja del coche un paquete. Con él se apeó y vino cerca de Edward, que suspiró ante la idea de que al fin había alguien que le hiciera un poco de bien.

—Toma, pobre muchacho—dijo la anciana.—Has tenido suerte... Toma toda esta ropa que acabó de encontrar a unos kilómetros de aquí detrás de una peña... Quizás sea un poco grande para ti; pero lo mismo da... No vas a tener la pretensión de ir con un traje a la medida... Además, que no irá mal con esa que llevas...

GILBERT BLAISE.

GRAN HOTEL DE ROMA REFORMADO

La Voz

Yo le oigo todas las tardes, lanzando el timbre redondo y sonoro de su garganta sobre las cabezas de la multitud. Seguramente, tú, lector, también le conoces. Es un muchachito robusto y ágil, que todas las noches pregona con entusiasmo los periódicos que vende, cuando no atruena el espacio ensalzando las excelencias de tal cual «papel comercial en el que no se dorra ni extiende la tinta»...

Nuestro amigo el «periodista» podría dedicarse con éxito a arengar multitudes y prepararlas para la conquista de algo... En vuelta en el campaneó retumbante de su laringe, cualquier doctrina podría triunfar. Yo he gozado oyéndole de noche, emitir el acento puro, saluabable y osado de su voz; sus palabras, bien dichas, salen disparadas de su boca, para incrustarse en la pared de enfrente, golpeando los cristales, haciendo vibrar nuestros oídos, abatiéndose, en fin, con un tinineo agradable, ampuloso, que no molesta ni ensordece. Es una voz rica, voz de tribuno, que triunfa por sus propios encantos mágicos; voz que se eleva desafiadora, orgullosa, vibra un momento y se nace metal...

Seguramente nuestro amigo ha de llevar la «voz cantante» donde quiera que alterne. ¿Quién se resiste al trompeteo simpático de su garganta? Cuando el amor le conceda alguna vez unas dulces horas con la bienamada, habrá que oír a este muchachito decir: «¡Te quiero!». Será una exclamación detonadora, irresistible; rugido de león en celo, semejante a la del fiero Holofernes llamando desde su lecho a la hermosa y brava Judith...

Porque este muchacho, con esa voz, no puede decir nada en secreto. Si Romeo hubiese tenido una garganta idéntica, el canto de la atonda hubiese muerto al pie del complaciente balcón de Verona... Yo creo que con ese tesoro, mi amigo el «periodista» tiene un gran porvenir; porque aun en «un tono mas bajo», su voz sigue vibrando agradablemente, como el peso metálico y sonoro de unos platillos que marcan el compás... Las empresas de anuncios no han notado aun el acorde musical que tan hábilmente lanza este muchacho sobre el paño; me consta que una gran parte del éxito en esta capi-

tal, de un importante rotativo madrileño, se debe al pregón invencible de este modesto vendedor de cultura. La gente oía el nombre eufónico, preciso y suave, como un bemol, del diario, y... lo compraba. Últimamente, nuestro amigo lanzaba una sola nota, y al momento miles de manos arrebatában de las suyas el periódico. Con un hombre que tiene tal fuerza hipnótica en su laringe, se puede ir a cualquier lado.

Todo el que anuncia debería contratar a este muchacho, seguro de vencer. Nada de hojas impresas y programas repartidos al que va de prisa, y que se tiran sin leer. Una voz dada por nuestro amigo consigue mas que todo esto. Porque el papeito rosa o amarillo, se tira hecho una pelota; pero la nota abaritonada, magnífica, de nuestro hombre, resuena como un campanillazo, y se queda flotando en el ambiente, revoloteando sobre nuestras cabezas, acompañándonos en nuestra prisa, agaragada al cerebro, bajo el sombrero de paja... Y esto no se olvida.

Empieza Zamacois sus interesantísimas conferencias, diciéndonos que para triunfar ante un auditorio, la voz lo es todo, él está seguro de llevar las de perder, a causa del timbre de la suya. Esto es una modestia mas del gran artista. El autor de *La caída*, posee una voz amplia, ca-

riciosa, agradabilísima, que pre-dispone desde el primer momento a su favor. Y pronto vemos como su voz, enfocada sobre las bucatas, logra, revelándonos su talento, llevarle, como de la mano, a un triunfo seguro.

Nos convencemos, pues, que en la vida muchas veces el éxito depende de nuestra garganta. Pedimos una cosa que deseamos con fe: un favor que nos será muy útil; un sí a una mujer; unas pesetas adelantadas... y como en ese momento no nos salga la «nota» fracasamos ruidosamente.

Y este muchacho anonimo, barritono que vende periodicos, tiene todas las de ganar. Su «puesto» es de los que venden más, gracias indiscutiblemente a su voz, que todas las tardes resuena como una enorme campana de plata recordando al pueblo el sagrado deber de comprar un poco de cultura...

HÉCTOR LICUDI.

Los fotógrafos y aficionados de la región que nos remitan fotografías de interés informativo percibirán por cada una de las que se publiquen cinco pesetas.

Puede pedirse «La Semana Gráfica» en los sitios siguientes:

SEVILLA.—En todos los puestos de periodicos y en esta administración.

CORDOBA.—Kiosco de Andrés Gracia.

CADIZ.—En todas las librerías y puestos de periodicos.

SANLUCAR DE BARRAMEDA.—Francisco de P. Morales y Anastasio Sanchez.

HUELVA.—Librerías de Nicolás Pomar y Justo Loscano.

ARROYOMOLINO DE LEON.—Antonio Lopez Ramirez

ARACENA.—Luisa Romero.

ISLA CRISTINA.—Joaquín Nieto Perez.

CARTAYA.—Luis Romero Flores.

LEPE.—Francisco Guzmán.

MOGUER.—Salvador Borrero. SAN JUAN DEL PUERTO.—Juan Sánchez Barquero.

FREGENAL DE LA SIERRA.—Manuel Chaves Polis.

GIBRALEON.—Juan Torres Rodriguez.

CALANAS.—Diego Ferreira.

PUEBLA DE GUZMAN.—José Maria Luque.

CORDOBA.—Kiosco de Andrés Gracia.

MONTILLA.—Rosalia Blanes.

BAENA.—Rafael Garifa.

CABRA.—Saturnino Peñalva.

PUENTE GENIL.—Enrique Berral.

ESPIEL.—Aparicio Crespo.

NUEVA CARTEYA.—Eladio Osuna.



LA GIRALDA



Dominando las célicas alturas,
te yergues atrevida,
con diadema de azules veladuras,
en pedestal de piedras carcomidas
como una estrofa santa
del poema inmortal del cristianismo,
que a un mismo tiempo canta
de la patria la fe y el patriotismo;
como una augusta ofrenda
de un gran pueblo a la Virgen sin manilla;
cual secular, indestructible prenda
de que la fe no morirá en Sevilla.

Soberbia mole
de un templo secular,
montaña de granito,
esfinge muda que en el alto cielo
fijas tus miradas de hito en hito;
eres gigante jalón,
rancia ejecutoria
que señalas inmortales glorias
de la España ancestral, la tradición,
las costumbres, los timbres y el blasón.

Recinto venerado,
eres tú la encarnación del lema
"Dios, patria y rey", eres el emblema
compendio majestuoso
del veinte veces secular poema
que escribió un pueblo noble y religioso.

Cual nebulosa santa de oraciones
petrificada al ascender del suelo
cual trabazón de ascetas corazones
que ofrecen de continuo al Dios del cielo
homenaje inmortal de adoraciones.

Eres un álbum, por el Tiempo escrito,
donde al pasar los siglos han dejado
sus firmas eternas,
eres sublime, augusto sobrescrito
de un mundo de grandezas inmortales.
Eres la historia de Sevilla hecha relieve,
eres un himno de amor, un dulce hosanna
de la fe de sus reyes, eres autógrafo
de su piedad cristiana.

Eres un palacio
de arcaicas grandezas,
de clásicas bellezas
que te elevas audaz en el espacio,
y en estrofas de mármol y granito,
con el potente grito
conque vibra el silencio en las conciencias,
cantas el credo de la fe cristiana,
cantas la unión del arte y las creencias,
cantas la historia de la raza hispana...
Eres la idea de Dios petrificada,
la fe escrita con mármol en la altura,
la eternidad en bloque troquelada,
la religión de España en escultura.

RAÚL BARAHONA.

COLEGIO

— DE —

SAN FRANCISCO DE PAULA



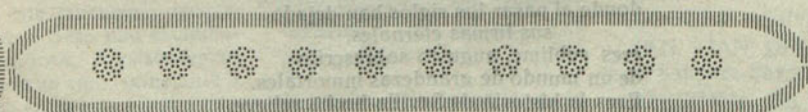
1.^a y 2.^a Enseñanza.

Estudios de Facultad.

Carreras especiales.



15, ALCAZARES, 15
SEVILLA



La Semana Gráfica

REVISTA DE INFORMACIÓN GENERAL, ARTE, LITERATURA,
:: MODAS, TEATROS, DEPORTES, TOROS, ETC. ::

Publicará numerosos fotograbados de la más palpitante actualidad
:: :: :: :: :: y amenas crónicas. :: :: :: :: ::

NÚMERO SUELTO, 0'30 PTA. - ATRASADO, 0'60.

Suscripción trimestral:

En Sevilla	3'50 Ptas.
Resto de España	4'50 "
Extranjero	6'00 "

PAGO ANTICIPADO

Tarifa de anuncios por inserción

Una plana	100 Ptas
Media plana.	60 "
Tercio de plana	40 "
Cuarto de plana	30 "
Octavo de plana	15 "

Sitios preferentes y reclamos ilustrados, precios convencionales.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: AMOR DE DIOS, 33.--SEVILLA.--Teléfono, 827

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.

con domicilio en calle

núm. se suscribe por a "La Semana

Gráfica", a cuyo efecto remito al Sr. Administrador de
dicha revista por giro postal pesetas⁽¹⁾

..... a de de 1921.

(Firma del suscriptor)

(1) A los suscriptores de la capital se les pasará recibo a domicilio.



Los buenos comerciantes lo saben: ningún anuncio es tan eficaz como el que aparece en una revista ilustrada. Este anuncio es casi eterno, porque una revista nunca se rompe ni se tira. Cada anuncio que pongas en una revista equivale a un ciento de los que hagas por cualquier otro procedimiento. Pon tu anuncio en "La Semana Gráfica" y centuplicarás tus operaciones. - - -

Andalucía Automóvil

S. A.

Sucesores de García-Junco Hnos

Cubiertas y Cámaras

para Automóviles

MARCAS

DUNLOP

FISK

MICHELIN

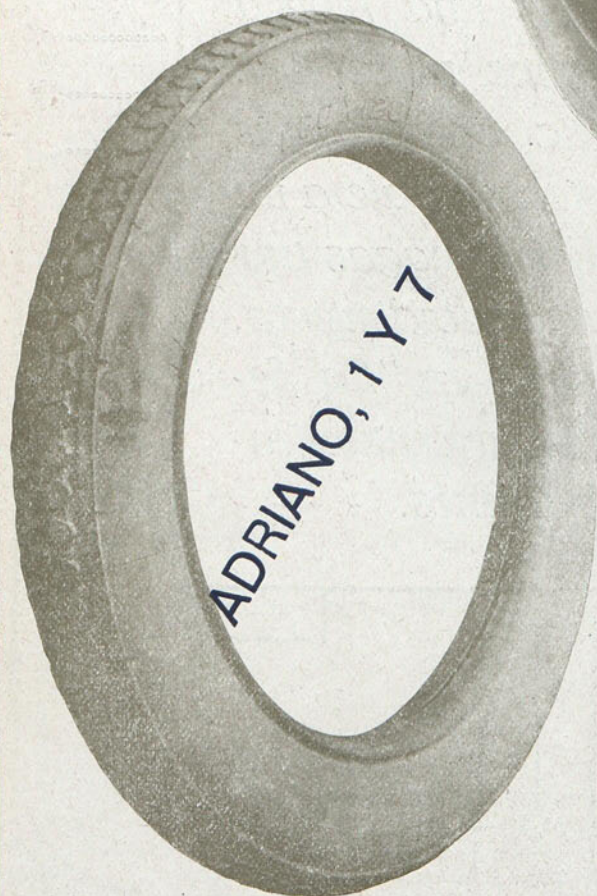


Bandajes macizos

DUNLOP

Prensa especial

para su colocación en el acto



PRECIOS

SIN COMPETENCIA